

una promoción general de oficiales entre los cabos y sargentos y se ofició al general Canterac poniendo á su disposición las fortalezas y la guarnición del Callao. La bandera española fué enarbolada en el torreón « Independencia » con una salva general de los castillos (7 de febrero). Un negro, soldado del regimiento Río de la Plata, nacido en Buenos Aires, llamado Antonio Ruiz (por sobrenombre *Falucho*), que se resistió á hacerle los honores, fué fusilado al pie de la bandera española. Murió gritando : ¡ *Viva Buenos Aires!* grito que repetirían todas la víctimas de esta catástrofe (20).

(20) Véase por vía de simple referencia, en nuestros « Episodios de la revolución argentina » (publicados sueltos en los diarios), los que llevan por título « *Falucho* » y « Sorteo de Matucana ». Algunos han puesto en duda la muerte de *Falucho* en esta ocasión, y otros han llegado hasta negar su existencia, aunque no públicamente, por no tener pruebas en qué apoyarse. La existencia y la muerte del negro *Falucho*, está comprobada : 1.º Por el testimonio verbal del general E. Martínez, que mandaba la división de los Andes, quien nos lo dió en Montevideo en 1839, juntamente con una copia manuscrita de su « Exposición », cit. 2.º Por el testimonio de los coroneles Pedro José Díaz (á cuyo cuerpo pertenecía *Falucho*) y Pedro Luna, en Buenos Aires en 1836, ambos oficiales de la división de los Andes al tiempo de la sublevación del Callao. 3.º Por el testimonio escrito del coronel Juan Espinosa (natural de la Rep. del Uruguay), que pertenecía á la división de los Andes, y tomó además informes directos del coronel Casariego, que se hallaba en Lima, cuando aquél publicó su libro titulado « La herencia española », en que se registra un episodio histórico sobre la sublevación, donde dice : « Es preciso hacer justicia á la tropa, que triste y violenta, se vió, sin haberlo jamás pensado, al abrigo de un pabellón contra el que había combatido catorce años. El centinela que estaba en el baluarte de Casas-matas, y cuyo nombre sentimos no recordar, pero que se distinguía en el ejército con el nombre de *Falucho*, cuando se le mandó presentar las armas al pabellón español, exclamó : « que no podía hacer honores á un pabellón contra el que había peleado siempre », y tomando su fusil contra el cañón, lo rompió contra el asta de bandera, entregándose al más acerbo dolor. Tan heroica acción de fidelidad, fué premiada en el acto con el último suplicio, y el valiente *Falucho* murió por sus principios, dando ejemplo de patriotismo », ofi. cit., pág. 244. — Pero no sólo hubo un *Falucho* en el ejército de los Andes, hubo dos, y los dos negros, lo que indicaría que era éste un sobrenombre genérico que se daba á los héroes desconocidos de esta

El regimiento de Granaderos á caballo de los Andes, que se hallaba en Lurín, en el valle de Cañete, contaminado por elejemplo, se sublevó también y marchó á incorporarse al Callao, sin darse cuenta de la trascendencia del movimiento (14 febrero). Al ver flotar el pabellón español en las murallas, los soldados volvieron sobre sus pasos, y pusieron en libertad á sus jefes depuestos. Los más comprometidos, persistieron en su propósito, y volvieron las armas contra sus antiguos compañeros. Quedó empero un núcleo de ciento veinte Granaderos fieles, que en representación de la República Argentina asistirían á las últimas batallas de la independencia sud-americana. Así quedó disuelto por el motín y la traición, el memorable ejército de los Andes, libertador de Chile y del Perú.

IV

Canterac, inmediatamente de recibir la noticia de la sublevación del Callao, desprendió de la sierra una fuerte división de las tres armas, al mando de Monet, la que unida á la división de Rodil que ocupaba el valle de Ica sobre la costa, debía apoyarla y ocupar á Lima. La capital fué evacuada por

valiente raza, que formó el núcleo de la infantería en las guerras de la independencia. En carta del general Miller á San Martín, de 20 de agosto de 1830 en Lima, le dice : « Es muy recomendable la memoria » y gran amor que le conservan sus antiguos soldados. Entre ellos se han distinguido el morenito *Falucho*, que era de la compañía de cazadores del 8.º y tomó una bandera en Maipú ». San Martín contestó á Miller con fecha 10 de julio de 1831, desde París : « Le aseguro que he tenido una verdadera satisfacción con la noticia que me da de la existencia del célebre y nunca bien ponderado *Falucho* ». M. S. S. (Arch. San Martín, vol. LXX.)

los independientes. El presidente del Perú, Torre-Tagle, que complotado con su ministro de guerra, había entablado correspondencia secreta con los españoles para reaccionar contra la intervención colombiana, sirviéndole de pretexto la negociación del armisticio proyectado en Buenos Aires, se pasó á los realistas con algunas fuerzas peruanas que le obedecían, y dió un manifiesto contra Bolívar.

Los españoles eran dueños de toda la sierra, y de todo el centro y sud del Perú, é iban á tener el dominio del mar. Una parte de la escuadra independiente se hallaba surta en el Callao. Guisse, recibió orden de recuperarla á todo trance. El almirante peruano, con la fragata *Protector* y cuatro botes armados en guerra, penetró al puerto bajo los fuegos de los castillos y fuerzas sutiles de la bahía. Abordó la fragata *Guayas* (antes *Venganza*), y no pudiendo sacarla, la incendió. Lo mismo hizo con la *Santa Rosa*, y con los demás buques mercantes (25 de febrero). Salvóse tan sólo el bergantín de guerra *Balcarce*. Los españoles esperaban dos fragatas de guerra, que encontrarían un puerto de refugio, bajo el amparo de fortificaciones inexpugnables para los independientes.

Bolívar ordenó la evacuación de Lima, dictando órdenes terribles, que encontraron resistencias pasivas en los peruanos. « Imagínese, — escribía al encargado de cumplirlas — perdido » el país. Se han roto ya los vínculos de la sociedad. No hay » autoridad, no hay nada que atender sino privar á los enemigos de una inmensidad de recursos de que van á apoderarse. » En el mismo día en que Bolívar fulminaba esta orden, el congreso supremo lo investía con la dictadura absoluta, declarando cesante al presidente de la república, por « ser incompatible el régimen constitucional con la salud pública, y » se disolvía hasta tanto el Libertador estimase convocarlo » para un caso extraordinario » (10 de febrero de 1824). Abandonada la capital, Monet la ocupó sin resistencia, y se

hizo cargo de los prisioneros del Callao. No entraba en el plan de los españoles ocupar permanentemente la ciudad. Rodil tomó el mando del Callao, y Monet se replegó á la sierra.

Los oficiales patriotas prisioneros, en número de 160, fueron dirigidos á pie al valle de Jauja, custodiados en dos partidas, por la división de Monet, de regreso á Jauja, por el camino de San Mateo (8 de marzo). En la primera jornada pernoctaron á 36 kilómetros de Lima. Dos de ellos, el mayor Juan Ramón Estomba y el capitán Pedro José Luna, se tendieron fatigados en el suelo, uno al lado del otro, y antes de entregarse al sueño se concertaron para fugar en la primera ocasión propicia, comunicando su proyecto al mayor Pedro José Díaz y á los oficiales Juan Antonio Prudán y Domingo Millán. Al tercer día de marcha (21 marzo) llegaron á una estrecha ladera. Marchaban los presos en desfilada. Estomba y Luna iban entre Millán y Prudán. Al descender al fondo de la quebrada y pasar uno de sus puentecillos, Estomba y Luna se deslizaron á la largo de una acequia como por un camino cubierto. Millán y Prudán cerraron el claro, renunciando á la salvación para burlar la vigilancia de la custodia. Esta abnegación debía costarles la vida.

Informado Monet de la evasión, así que llegó al pueblo de San Juan de Matucana (19 de marzo) á 47 kilómetros de Lima, ordenó que dos de los prisioneros fuesen ejecutados á la suerte en reemplazo de los dos fugados. Preséntose al grupo el general García Camba, jefe de estado mayor de la división, y haciéndolos formar en ala, les intimó la sentencia. El doctor José Lopez Aldana, auditor del ejército independiente, protestó contra la bárbara ley, violatoria del derecho de gentes, que constituía á la víctima en guardián de la víctima bajo pena de la vida. — « Bastante se ha observado el derecho de gentes » con ustedes, pues tienen aún la cabeza sobre los hombros », fué la contestación del jefe español. El coronel José Videla

Castillo (argentino) que por su elevada graduación formaba á la cabeza, dijo con tranquila entereza : — « Es inútil la » suerte. Aquí estamos dos coroneles : elijase cual de los » dos ha de ser fusilado, ó los dos juntos si se quiere, y hemos concluido ». — ¡ No! ¡ No! La suerte! gritaron los prisioneros á una voz. — El general Pascual Vivero, anciano de setenta años, el mismo que había perdido la plaza de Guayaquil y simpatizado después con la causa sud-americana, por tener dos hijos sirviendo en las filas independientes, estaba exceptuado del sorteo. Espontáneamente se puso á la cabeza de la fila. — Señor don Pascual, con usted no reza la orden, le dijo García Camba. — ¡ Sí, reza! replicó el anciano con noble laconismo. — En seguida se procedió al sorteo á muerte. Las cédulas, escritas por García Camba, sobre una caja de guerra que la tenía un tambor de órdenes, fueron dobladas por su mano, y arrojadas en el morrión cónico de un soldado del regimiento de Cantabria que daba la escolta del suplicio, y acto continuo se pasó nominalmente la lista fúnebre.

La primera cédula, que tomó Videla Castillo, era blanca. Las cuatro que siguieron fueron también blancas. Al llegar su turno al sexto, en el orden de la fila, que lo era un mayor Tenorio, exclamó:—Yo no tomo cédula. El señor (agregó señalando al capitán Ramón Lista) sabe quienes protegieron la fuga. — Yo no sé nada, interrumpió Lista. ¡ Venga la suerte! — ¡ Usted me lo ha dicho! — ¡ Es usted un infame! — En aquel momento salió un joven de entre las filas, y adelantándose cuatro pasos, prorrumpió con voz vibrante : — ¡ Yo soy uno! — ¡ Yo soy el otro! exclamó inmediatamente un oficial, que imitó la acción de su compañero. — ¡ Venga la suerte! gritaron todos, con excepción de Tenorio. — ¡ Es inútil! contestaron los dos oficiales que se ofrecían como víctimas propiciatorias de sus compañeros de armas. — Uno de ellos llamábase Manuel Prudán : era hijo

de Buenos Aires, había hecho las primeras campañas del Alto Perú, y prisionero en Vilcapujio, permaneció en las casamatas del Callao durante siete años. Contaba 24 de edad (21). El otro, Domingo Millán, de edad proveya, que era natural de Tucumán, y prisionero en Ayohuma, había sido compañero de infortunio de Prudán. Los prisioneros pidieron que se continuase el sorteo; — ¡ Es inútil! interrumpió Millán; en prueba de que soy yo quien debe morir, aquí está una carta de Estomba. — En mi maleta se encontrará la casaca de Luna, agregó Prudán. — No hay que afligirse, dijeron á sus compañeros; verán morir dos valientes. — No hay para qué seguir la suerte, dijo entonces con frialdad García Camba; habiéndose presentado los dos culpables, serán fusilados. — Prefiero la muerte, prorrumpió Millán, á ser presidiario de los españoles (22).

(21) Con fecha 18 de diciembre de 1817, adjunta el virrey Pezuela en carta particular, contestando á San Martín sobre canje de prisioneros, una relación de los del Alto Perú que están en su poder, en que se lee esta anotación : « Cadete Manuel Prudán, 17 años, patria Buenos Aires ». Prudán fué canjeado en 1820. — La fe de bautismo existe en la parroquia de San Nicolás de Bari.

(22) Los sorteados en Matucana, fueron 78 jefes y oficiales, pero no nos ha sido posible recoger sino los nombres de 66, conservados por la tradición oral, por el testimonio escrito del coronel Espinosa en su libro « Herencia española », antes cit., y especialmente en el « Álbum de Ayacucho » (pág. 191), donde se registra la lista de los jefes y oficiales argentinos, chilenos, peruanos y colombianos, prisioneros en el Callao, á consecuencia de la sublevación. La lista de los sorteados en Matucana, cuyos nombres se han salvado, es la siguiente : Auditor de guerra Fernando López Aldana; *jefes* : coroneles José Videla Castillo (argentino), y Carlos María Ortega (colombiano), Eduardo Carrasco, Nicolás Medina, Escolástico Magán, Juan Argüero, Llicio, Eugenio Giroust. — *Oficiales* : Pedro José Díaz, Santiago Gómez, Manuel Pando, Domingo Cavero, Eduardo Balarezo, Mariano Campana, Ramón Lista, José Félix Ortiz, Heredia, Manuel Castro, Manuel Prudán, Domingo Millán, José Antonio Pérez, Jiménez, José Callejas, Domingo Reaño, Miguel Noriega, Manuel Ríos, José Quiroga, Javier (ó Gabriel) Grados, José M. Chehueca, José Gayangos, Francisco Lucero, Cipriano Miro (de Montevideo), Norberto Funes, Melitón Álvarez, Valentín Calderón, Tomás Muñiz, José Ignacio

Puestos en capilla las dos víctimas inmolatorias, los confesó el cura de Matucana. Millán pidió como una última gracia, que le dejaran vestir su uniforme. Se lo puso, sacó del forro de la casaca las medallas de Tucumán y Salta que colgó del pecho, y dijo : — « He combatido por la independencia desde joven : me he hallado en ocho batallas ; he estado prisionero siete años y hubiera estado setenta antes que transigir con la tiranía española. Mis compañeros de armas, vengarán este asesinato. — Los ejecutores quisieron vendarles los ojos ; pero ambos se resistieron. Millán, que era calvo, con una orla de cabellos negros que le circundaba el cráneo, lo que le daba un aspecto imponente, al tiempo de apuntarle, dijo : — ¡ Compañeros ! ¡ la venganza les encargo ! — Y desabrochándose la casaca, gritó con voz firme — ¡ Al pecho ! ¡ al pecho ! ¡ Viva la Patria ! — Prudán, murió con la resignación de un mártir, gritando también : ¡ viva Buenos Aires ! (23).

González, José R. González, Lorenzo R. González, José Ramos, Manuel C. Dulanto, y José T. Dulanto (hermanos), José Antonio Pérez, Tarazona, Juan Barrón y Pedro Barrón (hermanos), José Castro, José Tapia, Manuel Tineo, Eugenio Fernández, Manuel Gómez, Tomás Cabanillas, Ariste, Carlos Godoy, Manuel Pérez, José Luján, Tadeo Oliva, Manuel López. — Á que debe agregarse el general español Pascual Vivero, que voluntariamente quiso tomar parte en el sorteo. — El orden de formación de los que sacaron suerte era el siguiente : — Vivero, que se colocó á la cabeza, López Aldana, Videla Castillo, Ortega, Magán, Reaño, Manuel López, y Pedro José Díaz, que precedía á Tenorio. Este último dato me ha sido suministrado por los coroneles (después) Pedro José Díaz y Ramón Lista, que seguía á Tenorio, y también llegó á tomar suerte.

(23) El coronel Ramón Estomba, uno de los fugados, que fué causa del sorteo, compuso una canción fúnebre, la que con música de *La Pola* se cantó por muchos años en los campamentos militares. En ella se mencionan estas particularidades, especialmente en la siguiente estrofa :

Al suplicio conducen á entrambos,
Y con ánimo grande Millán,
Desabrocha el honroso uniforme
Y les dice : « Aquí, al pecho ¡ tirad ! »

Los verdugos hicieron en seguida desfilar á los prisioneros por delante de los dos cadáveres ! (24).

V

Al tiempo de desarrollarse estos acontecimientos desastrosos, Bolívar se hallaba en su cuartel general de Pativilca. Devorado por la fiebre que trabajaba su cuerpo y su espíritu, fué acometido de una grave enfermedad que hizo temer por su existencia. Durante seis días, permaneció sin conocimiento. En los templos se hacían rogativas por la vida del Libertador. Apenas convaleciente, le llegaron las primeras noticias de la sublevación del Callao, y sucesivamente la de la ocupación de Lima y la traición de Torre-Tagle. En tal ocasión, su amigo el ministro Joaquín Mosquera, fué á visitarle. Le encontró en el huerto de la casa que habitaba, sentado en una pobre silla de baqueta recostada contra una pared, atada la cabeza con un pañuelo blanco. Estaba medi-

(24) Para relatar la sublevación del Callao, así como el episodio del sorteo de Matucana, hemos tenido presente : 1.º Los testimonios orales del general Enrique Martínez, y los coroneles Pedro José Díaz, Ramón Lista y Pedro Luna, los cuatro testigos presenciales de los sucesos ; 2.º Exposición del general Enrique Martínez, cit., y una carta M. S. del coronel Luna, sobre su evasión con Estomba, con la canción fúnebre de Estomba autógrafa : — 3.º « Mem. hist. biog. » del general Alvarado. M. S. cit. — 4.º « La herencia española », por el coronel Juan Espinosa, que servía en el ejército de los Andes, y recogió el testimonio del principal actor de la sedición del Callao por parte de los españoles, el coronel Casariego, que consigna en su libro. — « Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú », por Camba, jefe de estado mayor de la división Monet que ocupó el Callao y Lima, y fué el ejecutor del sorteo de Matucana. — Correspondencia diplomática de don Félix Álzaga, ministro argentino á la sazón en el Perú, que intervino en las tentativas de negociación con los sublevados. M. S. (Archivo del ministerio de relaciones exteriores de la República Argentina.)

tabundo. Su faz era cadavérica, su boca cavernosa, su voz hueca y débil. Vestido con ropa ligera de dril, sus miembros enflaquecidos acusaban las aristas secas del esqueleto. — ¿Qué piensa usted hacer ahora? le preguntó Mosquera. — « ¡Triunfar! » repuso el Libertador. — Su alma heroica se templaba en los contrastes.

En la impotencia de hacer frente á los realistas, se replegó con todas sus fuerzas á Trujillo, tomando por base de operaciones las provincias de Guayaquil, Jaén y Cuenca. Hallábase en la misma situación que San Martín al tiempo de ocupar con 4,000 hombres la línea de Huaura, con la diferencia, que contaba con cerca de 7,000 hombres, y tenía á su espalda la poderosa reserva de Colombia triunfante. Tocaba ahora á Colombia completar la obra de San Martín en el sud, con el auxilio de los elementos del Perú, después de haber terminado gloriosamente la suya en el norte. Las Provincias Unidas estaban fuera de combate. Chile, cuyo auxilio solicitó Bolívar, no podía ó no quería tomar parte en la lucha. Los últimos restos de los ejércitos libertadores de estas dos repúblicas, incorporados á las divisiones peruano-colombianas, formaban parte del ejército que era la última esperanza de la América independiente. El Libertador no cesaba de exigir auxilios del gobierno de Colombia. « Si los intereses que van » á decidirse en el Perú, le decía, tuvieran sólo relación con » este pueblo, el ejército que tenemos podría aventurarse » contra el enemigo; pero versándose la de toda la América, » nada debe librarse á las probabilidades, y menos aun á la » casualidad ó la fortuna ». El vice-presidente Santander, al responder á este llamado, exageró la nota, recabando del congreso de Colombia autorización para hacer una leva de 50,000 hombres, además de las tropas existentes (11 de mayo de 1824). Sucesivamente fueron llegando los refuerzos pedidos á Colombia, hasta el número de 3,000 hombres. Con estos elementos, formó Bolívar un ejército de cerca de diez mil

hombres, en Pativilca (provincia de Huaras), al pie de la cordillera del norte, sin que el enemigo lo sospechara. Lo dividió en cuatro grandes divisiones: dos colombianas, á órdenes de los generales José María Córdoba y Jacinto Lara, y una peruana al mando de La Mar; las tres de infantería. La caballería, compuesta de los llaneros colombianos, mandada por el coronel Lucas Carvajal; los jinetes peruanos por Miller, asistido por los comandantes Manuel Isidoro Suárez y José Olavarría (ambos argentinos); los restos de los Granaderos á caballo de los Andes, compuestos de gauchos del Río de la Plata y algunos huasos de Chile, á órdenes del coronel Alejo Brueix (francés, hermano del muerto en el Bío-Bío), formaban la cuarta división, bajo el mando superior del general Mariano Necochea (argentino). Sucre era el jefe de estado mayor, y la cabeza organizadora. Las cuatro repúblicas de la América meridional, existentes entonces, estaban representadas (con excepción de Méjico), en un solo ejército continental.

Un acontecimiento extraordinario vino por este tiempo á equilibrar las fuerzas beligerantes, y permitir á Bolívar emprender operaciones decisivas. El general Olañeta, se sublevó en el Alto Perú con un ejército de 4,000 hombres, y sin separar su causa de la de los realistas, se sustrajo á la obediencia del virrey, como lo había anunciado á Alvarado en 1823 en su conferencia de Iquique (véase cap. LVIII, § IV). Por su calidad de americano y por sus opiniones absolutistas, Olañeta era enemigo declarado de los generales españoles que profesaban ideas liberales y habían levantado á La Serna en Asnapuquio. En 1824, le llegó por la vía de Buenos Aires la noticia de que Fernando VII, sostenido por la intervención francesa, había abolido la constitución de 1820 y restablecido el antiguo régimen. Sin esperar órdenes, procedió por sí á hacer la proclamación del rey absoluto. El virrey desaprobó su conducta. Él contestó despidiendo á los generales españoles La

Hera y Maroto que ocupaban altos puestos en el Alto Perú, reconcentró su ejército y se preparó á la resistencia armada. El general Jerónimo Valdés, con cuatro batallones, cuatro escuadrones y dos piezas de artillería, fué encargado de someterlo á la obediencia. Después de algunos alardes militares y negociaciones confusas, no obstante que ambas partes conviniesen en reconocer el absolutismo español, se rompieron las hostilidades. Los realistas tuvieron también su guerra civil. Libróronse varios combates sangrientos, en que Valdés tuvo la ventaja, y habría acabado al fin por destruir á Olañeta, cuando recibió orden terminante del virrey de abandonar el Alto Perú y reconcentrarse al Cuzco. Los independientes habían triunfado en Junín.

Bolívar, aprovechando la coyuntura de la sublevación de Olañeta y el alejamiento de la división de Valdés, que le quitaba de encima como 7,000 enemigos, abrió su nueva campaña, sin plan determinado, pero con la resolución de buscar al enemigo, y posesionarse del valle de Jauja, siguiendo las huellas de Arenales, que había trazado dos veces el camino de la victoria. Su invasión á la sierra fué precedida por un movimiento general de las guerrillas peruanas, desde Yaulu hasta Pasco, que estrecharon el círculo de los realistas en la montaña. Cubierto por esta cortina de partidarios, Sucre, con la previsión de San Martín, reconoció los caminos de la cordillera, cuyo croquis levantó él mismo como ingeniero; estableció depósitos de víveres, leña y forrajes á lo largo del trayecto que el ejército debía recorrer, y marcó punto por punto el itinerario, midiendo las distancias. Bolívar trasmontó los Andes por la parte más fragosa y elevada, con dirección á Pasco, á fin de ocultar su movimiento y sorprender al enemigo. Mientras tanto, Canterac permanecía en inacción en el valle de Jauja, con 8,000 infantes, 1,300 caballos y 8 piezas de artillería, ignorante del avance de los independientes.

El 2 de agosto (1824) el Libertador pasó revista á 9,000 hombres sobre las armas (25), formados en el llano Rancas á 36 kilómetros de Pasco y lo proclamó con su genial elocuencia: « Vais á completar la obra más grande que el cielo ha » encargado á los hombres: la de salvar un mundo entero de » la esclavitud. El Perú y la América toda aguardan de nosotros la paz, hija de la victoria, y aun la Europa os contempla con encanto; porque la libertad del Nuevo Mundo es la » esperanza del universo. » O'Higgins, el héroe de Chile, proscrito de su patria, y Monteagudo, levantado de hecho su destierro, acompañaban á Bolívar en esta gran revista americana. Al día siguiente, 700 montoneros peruanos se reunieron á la caballería, después de haber explorado el país al oriente de la cordillera. El día 4, Miller, destacado con una vanguardia de caballería al oeste de Jauja, daba parte que Canterac avanzaba sobre Pasco con su ejército en masa. El Libertador aceleró su movimiento.

VI

Al sud de Pasco y en las nacientes del río Grande, comienza el gran lago de Reyes, situado entre la cordillera occidental y la oriental, que llena toda la depresión del terreno, hasta la entrada del valle de Jauja. El camino que desde Tarma conduce á Pasco, orillando su margen oriental, es el más llano:

(25) O'Leary: « Memorias », t. II, pág. 266, le asigna la siguiente fuerza: « El Libertador pasó revista al Ejército unido el 2 de agosto. » Ascendía éste á 7,700 hombres de todas armas, sin incluir las guerrillas (1,500 hombres), y fué cuanto pudo presentar en línea, después » de sus infatigables esfuerzos ».